

De actualidad

El invierno fatídico

Hay en una de las hermosas poesías castellanas de Rosalía de Castro una frase, hablando del clima de Santiago de Compostela, que nunca hemos podido—ni querido ¡claro!—olvidar y es cuando dice: "el agua, como todo lo manso, terca..." Y aunque haya que poner de lado lo de la mansedumbre del agua.

La historia de España en el tristísimo período que va del invierno de 1885 a la primavera de 1902, lúgubres diecisiete años, parécenos una historia de aguas mansas y tercas, de aguas soterrañas, más bien estancadas que corrientes. Cuando se estudie con ánimo penetrante esa decadencia líquida se verá la triste pasión de ánimo colectiva que en ella se incubó. Don Gabriel Maura y Gamazo ha intentado estudiarlo, pero su obra a este respecto, más que otra cosa parece una expiación, una reparación de su "Carlos II y su Corte".

Cánovas del Castillo fué un hombre de empuje y de cierta amplia envergadura; a Sagasta su bonachonería natural y una especie de ingenuidad progresista mal disfrazada con socarronería de escarmentado, le daban humanidad anchá, pero uno y otro parecieron envejecer espiritualmente después del pacto del Pardo. Y era la suya una vejez prematura de espíritu. A partir de ese pacto toda la política toma en España un aire de vejez prematura, de vejez nativa nos atreveríamos a decir, de caquexia senil congénita. ¿Era una epidemia? Fueron los tiempos del general Polavieja, todo un símbolo. Y vino, como su fruto, el desastre de 1898. Y durante todo ese período el pesar de las aguas soterrañas, mansas y tercas, el espíritu acuoso de pequeñez, de cicatería espiritual, de incomprensión. Pérez Galdós reflejaba en

sus novelas y en sus dramas de ese tiempo ese ámbito de entequéz senil congénita.

Fueron los tiempos del posibilismo en la vejez, también prematura, del iluso Castelar.

Llegó la primavera de 1902 y hubo pechos que se hinchieron a una nueva esperanza. Y allí estaba Canalejas para alentarla. Pero ¡ay! parece que desde hace mucho, pero mucho, los que hemos nacido en España nacimos cansados, viejos. Pesa sobre nosotros una decrepitud moral heredada. Nuestra juventud es un engaño. España no ha conocido juventud desde que Dios quiso quitársela. Hemos heredado algo peor que muerte, y nuestra vida no es más que un suicidio prolongado.

Pareció entonces alborear una juventud. Todos volvimos a ella los ojos; algunos el corazón. Hubo quien le volvió el estómago. Pero era una juventud de llamarada, de "fogata de virutas", de llamarada que sería apagada por las aguas mansas y tercas de la tradición. Juventud de exaltaciones y depresiones a turno, de bravatas por la mañana y llantos por la noche, de inconsistentes ensueños hollinosos. La fatiga hereditaria, la cansera terrible que llevamos en el alma los españoles de la Restauración y los de la Revolución, pesaba más que todo. Y entre tanta inconsistencia, entre tantos gestos—no más que ges-

tos ¡ay!—de brío mozo, seguían pensando, que no corriendo — como en pozo, no como en manantial — las aguas mansas y tercas de la pequeñez, de la cicatería, de la incomprensión espirituales. El triste invierno de 1885 helaba los brotes de la primavera de 1902. ¡Pobre del almenadro que floreciendo a destiempo, a un sol que se anticipa, siente que la garrra del invierno remolón le engurruñe los cálices de sus flores!

Y así estamos. Este ir tirando, que es prolongar el suicidio que es nuestra vida; este dar vueltas en la cama buscando nuevas posturas pero sin levantarse de ella a un trabajo que de verdad lo sea; este desperdiciar energías en miserables minucias; este ambiente de chismoseria de brujas; esta hipocondriaca cicatería de espíritu, todo esto es la tradición de aquel invierno fatídico en nuestra historia. ¿Creeis, por ejemplo, que la demencia fiscalizadora, que la persecución a la libre crítica, que parece dirigida también por la chochez de la decrepitud de algún jubilado al servicio de esa cicatería y esa incomprensión tradicionales, creeis que esto no viene de ese invierno?

Don Salustiano Olózaga habló una vez de los "obstáculos tradicionales" que se oponían a la libertad en España, y su frase quedó ya estampada para en adelante. Y hay hoy, en efecto, un obstáculo tradicional a la libertad y hasta a la dignidad y a la verdadera independencia, que es la espiritual, de España. Y ese obstáculo es la tradición del invierno de 1885, ese obstáculo son las aguas mansas y tercas del espíritu de entonces que se ha estancado, de la cicatería espiritual.

¡Y cómo se equivoca quien en ciertos excesos cree descubrir espíritu de juventud! No, la juventud no se revela por vicios. Hay vicios en la juventud que son señal de vejez, de vejez prematura y congénita.

El sol de la primavera no puede con el hielo del invierno bajo el que pesan las aguas estancadas, mansas y tercas, pero es que la primavera se engendró en invierno.

Juventud, divino tesoro, que dijo el poeta. Pero no se nace joven, se hace uno tal. Hay quien rejuvenece con los años de vida; hay quien envejece. Hay quien murió al nacer; hay quien nace al morir.